

UN MES.

Madrid... 6

Prov. 3 meses... 20

## EL OMNIBUS,

UN AÑO.

Madrid... 60

Provincia... 70

LECTURAS PARA TODOS.—SE PUBLICA CADA CINCO DIAS.

## SUMARIO.

Al presente número acompañan: Un pliego de EL CAPITAN ARENA, por Alejandro Dumas.—Uno ídem de la HISTORIA UNIVERSAL, por Cóstanzo.—Uno ídem de la novela FE, ESPERANZA Y CARIDAD, por Flores.—Uno ídem de la HISTORIA DEL REINADO DE FELIPE SEGUNDO, por Prescott.

## NAPOLEON BONAPARTE.

Como Napoleon Bonaparte ha sido el hombre extraordinario que aprovechándose de la monstruosa revolución de Francia, ha sojuzgado la Europa por espacio de veinte años, provocando con la inaudita usurpación del trono de nuestros reyes la inmortal guerra de la independencia, en que los españoles adquirimos títulos indelebles á la admiración y gratitud de la Europa entera; y esta misma lucha ha precipitado la ruina del poder colosal de Bonaparte; haremos en breves, aunque justas pinceladas, el retrato de este hombre célebre, de quien pocos juzgan con rectitud. Nació en la ciudad de Ajaccio, en Córcega, isla sujeta á la Francia, á 15 de agosto de 1769, de padres nobles, pero de escasa fortuna. De muy poca edad pasó á Francia, y entró en la escuela militar de Brienne que dirigian los padres mínimos, y en ella empezó á dar pruebas de aquel genio ardiente, constante y reflexivo, que le abrió el camino de su gloria; estudiaba mucho, jamás desperdiciaba el tiempo, pues las horas de recreo que sus condiscípulos empleaban en juegos pueriles, las invertía en recorrer los comentarios de César (su héroe), y la vida de los grandes capitanes. Tanta aplicación, especialmente por las matemáticas, le granjeó la predilección del célebre padre Petrault, á quien Napoleon distinguió siempre. Parece que sus compañeros de escuela, indignados de su carácter austero, atentaron contra su vida; pero él no hizo tanto caso de sus criminales conatos, como de la destrucción que sufrió de los mismos un huertecito regularmente cercado que cultivaba, y que había fortificado, en lo cual dió bien á entender que apreciaba menos su propia existencia que los planes que meditaba. De la escuela de Brienne pasó á París; y por la recomendación del obispo Marbeuf, hermano del gobernador de la isla de Córcega, Mr. Rolland, comisario ordenador de artillería, que había cobrado grande afecto al joven alumno, hizo que obtuviera en aquel cuerpo una subtenencia, siendo director del arma Mr. de Gibrault; y mientras la revolución que en 1789 estalló en Francia solo pensaba en destruir, Napoleon meditaba en el secreto de su estudio el modo de elevarse, cultivando profunda é incesantemente el arte de la guerra. Su primer ensayo fué en el pasivo ejército

de los Alpes, donde apoderándose en una escaramuza de guerrillas del fusil de un herido, y seguido de algunos valientes, cortó la retirada al enemigo, dejó tendidos cincuenta, é hizo prisioneros treinta, cuya valerosa y diestra manobra le mereció el grado de capitán; pero hasta el memorable sitio de Tolon no se dió á conocer perfectamente.

Trabajaban en valde los ejércitos republicanos por tomar aquella importante plaza que ocupaban los ingleses y los españoles, y Napoleon, desplegando su genio militar, mandó con tal acierto la artillería, y la sirvió por sí mismo con tal intrepidez, que contribuyó eficazmente al buen éxito del sitio, y obtuvo en el campo de batalla el grado de general de brigada, de los comisarios del pueblo Barras y Freron, siendo ya comandante de batallón cuando empezó el sitio, que tuvo término en fines de 1794. Napoleon, que desde entonces desplegó un celo y actividad prodigiosa, fué poco después el blanco de los tiros de la envidia, que intentó separarle de la artillería y privarle del grado que obtuvo en Tolon; marchó á París á reclamar contra seme-



Napoleon el grande.

jante injusticia, y mereció que el general Dugomier, que había traslucido sus talentos relevantes, dijese un día al comité del gobierno: Os presento un oficial de un mérito sobresaliente. Representantes, fijad la atención en este joven, porque os advierto con la franqueza de un militar, que si no le adelantais, él adelantará por sí mismo. No obstante, fué necesario que las secciones de París resistieran á mano armada los decretos de la Convención sobre la reelección de sus miembros, para que Barras se acordara del

oscurecido Bonaparte, que al frente de una división, cuyos desórdenes se imputaron injustamente á su jefe, contuvo á la multitud y aun la carnicería de sus tropas. El mismo Barras, que desde el sitio de Tolon había presentado lo que sería Napoleon, le casó con la hermosa y joven viuda del general francés Beauharnais, que había muerto víctima de los terroristas, llamada Josefina Tascher de Lapagerie, la cual tenía de su primer matrimonio dos niños de tierna edad, Eugenio, que después fué virey de Italia, casado con una hija del rey de Baviera, y Hortensia Eugenia, ex-reina de Holanda y viuda de Luis Bonaparte, hermano de Napoleon. En seguida, siendo ya miembro Barras del Directorio ejecutivo, hizo nombrar á Napoleon general en jefe del ejército de Italia á principios de 1796; y el joven caudillo, venciendo la repugnancia de sus compañeros de armas á emprender la guerra de Italia, y aun á obedecer á un general tan joven, dijo en consejo pleno de guerra á los generales, á quienes tan luego como llegó al campo pidió cuenta del estado del ejército, como si hubiera nacido para mandarles: «Que se prepare á marchar al enemigo: Millesimo será el primer teatro de su derrota, y á las puertas de Viena se firmará la paz.»

En efecto, aquel ejército lánguido, mal vestido, desprovisto, y que permanecía en la defensiva antes de la llegada de Napoleon, se trasformó bajo las órdenes de éste en una legión invencible de valientes, y antes de acabarse el año de 1797, había ya conquistado la Italia, castigado con su destrucción á la república de Venecia, que había permitido se asesinaran 300 soldados franceses que quedaron heridos en un hospital; hecho á los austriacos mas de 400,000 prisioneros, tomádoles 2,500 piezas de artillería y cuatro equipages de puentes; enriquecido las ciencias y las artes con mas de quinientos objetos preciosos de la Italia artística y científica, y aliviado el tesoro francés con 30 millones de francos, después de haber mantenido el ejército á expensas del pais ocupado. Firmada la paz entre el Austria y la Francia en Campo Formio, Napoleon volvió á París; meditó, y se preparó para la famosa expedición contra el Egipto, que emprendió en 1798, tomando al paso á Malta. En 1799, burlando prodigiosamente los cruceros ingleses, regresó á Francia después de haber tomado á Alejandria, Damasco y el Cairo en el Egipto, y Jaffa y Gazza en Palestina, y sufrió los mayores reveses en aquel clima abrasador, en el cual, ya

que no pudieron sacar otras ventajas los franceses, enriquecieron las artes y las ciencias con muchos y útiles conocimientos. Apenas puso el pie en Francia Napoleon, y se enteró del mal estado del gobierno y de la nación, trató de disolver el directorio y los cuerpos legislativos, y lo consiguió al frente de la guardia de París, creando un consulado con tres miembros, de los cuales se declaró el primero, cuya forma de gobierno fué adoptada por una constitución. La apatía y desacuerdo del anterior gobierno había



perdido las conquistas de Napoleón en Italia; pero el primer consul reconquistó aquel hermoso país, y se lo arrancó de nuevo de las manos á los austriacos en la horrorosa batalla de Marengo, ganada en 1800 por los franceses. El primer consul vuelto á París prometía á la Francia días de gloria y de prosperidad; se dedicó á recorrer y mejorar los departamentos, reconcilió á los franceses con Roma por medio de un concordato, protegió eficazmente las ciencias y las artes, organizó la instrucción pública, é hizo en poco tiempo cuanto exigía la salud de la patria, de modo que seducidos los franceses con su gobierno, le crearon consul perpétuo en fines de 1802, después que en la paz de Amiens, ajustada el mismo año entre España, Francia é Inglaterra, parecía que estaba asegurado el reposo de la Europa. No se contentó Napoleón con ser el jefe supremo de la Francia, quiso ser su emperador hereditario, y obtuvo este título en el año de 1804, coronándole el mismo sumo pontífice con una magnificencia extraordinaria, y desde entonces acumuló la Francia tanta gloria, y su emperador tanto poder, que al fin acumuló en la primera coalición fuerte que sufrió de la Europa aquella mole inmensa. En 1805 ciñó Napoleón en Milan la corona de hierro de Carlos Magno, haciéndose rey de Italia. En el mismo año triunfó de las fuerzas del Austria y de la Rusia combinadas, en la célebre batalla de Austerlitz. En el siguiente batió completamente á la Prusia en la batalla de Jena, ocupó su capital y la mayor parte de sus provincias, y desde el campo de Berlin espidió el famoso decreto del sistema continental contra la Inglaterra, aislando su comercio y sus relaciones á ella sola. Aquí puede fijarse la época del mayor engrandecimiento de Napoleón; sus mariscales y ministros obtuvieron los títulos mas pomposos: su familia empezó á ocupar varios tronos de Europa, y su ambición personal se desencadenó de tal modo, que ya no conocía límites.

Así se pasaba el año de 1806 y 1807; ya José Bonaparte era rey de Nápoles; Gerónimo, de Westfalia; Luis, de Holanda; Murat, gran duque de Berg; parte del reino de Polonia había sido erigido en gran ducado de Varsovia, y puesto bajo el cetro de un príncipe amigo de la Francia: la Rusia había cedido á la superioridad de las armas de Napoleón en Friedland: se firmó la paz de Tilsit: se confirmó y fortificó el sistema continental, y parecía que el nuevo Alejandro todo lo había conquistado y nada deseaba; pero no: determinó ocupar el Portugal, para impedir, al parecer, el comercio de contrabando que en él hacían los ingleses; le ocupó á fines de 1807, de acuerdo con la corte de España, y cooperando la misma. Después, sorprende pérfidamente á esta, su mejor vecina y aliada, hace abdicar la corona á sus reyes y renunciar sus derechos á sus príncipes; se la confiere á su hermano José, pone en práctica los mayores esfuerzos para sentarle en el trono de San Fernando, y él mismo viene á mandar sus ejércitos; pero receloso de los movimientos del Norte, pasa á Alemania; reúne los Estados Pontificios á su imperio, destruyendo á Pío VII; hace nueva erección de principados para sus generales; vence otra vez al Austria, y queriendo dar la última mano á la obra de su engrandecimiento, disuelve por un senado-consulto de 16 de diciembre de 1809, su matrimonio con la emperatriz Josefina, y en 10 de abril del año 1810 se desposa con María Luisa, archiduquesa de Austria, gran duquesa de Parma, é hija del emperador de Austria, en cuya princesa tuvo un hijo al siguiente año de 1811, que ha muerto y era gran duque de Reischard.

Descontento Napoleón de la conducta de la Rusia, concibió y realizó el osado proyecto de invadirla, y penetrar hasta la capital de los czares al frente de un ejército de mas de 400,000 hombres y 4,200 piezas de artillería; pero la traición de un empleado del ministerio de la guerra, que hizo presentes sus planes á sus enemigos, retrasó la marcha, y habiendo sobrevenido junto á Moscou los hielos mas estremados á fines de octubre de 1812, pereció la mayor parte de tan florido ejército, y señaló la época de las desgracias de Napoleón. Este génio impetuoso permaneció todavía constante en sus planes ambiciosos en medio de la multitud de adversidades que le acontecieron; su alma insaciable

permaneció firme en medio del horror del hielo y del hambre, y hasta á la vista de la desercion y aun de la sublevacion de sus mismos compañeros de fortuna, amigos y aliados. Todo lo soportó con valor, y si hubiera sido mas cobarde, si hubiera podido temer ó preveer mejor los azares de la guerra de que por todas partes se veía acosado, Napoleón podría haber evitado el acta de abdicacion del trono de Francia, que firmó por si y por su familia en Fontainebleau, el 11 de abril de 1814, retirándose á la pequeña soberanía de la isla de Elba, que como destierro ó retiro le señalaron los soberanos de Europa para su morada.

Napoleón partió el 20 de abril para su destino, después de haberse despedido de su valiente ejército del modo mas afectuoso y tierno, pues dió un ósculo cariñoso al general Lefebre en nombre de sus denodados compañeros de armas y de su predilecta guardia imperial, que le rodeaban, de la cual se separó diciendo: «Adios, hijos míos, valientes míos, rodeadme por la última vez. Yo llevo conmigo unos grandes recuerdos; ocuparé mi tiempo noblemente, y escribiré mi historia y la vuestra...»

A esto solo parecía resuelto cuando llegó á su destino, pero un conjunto de circunstancias que el tiempo y la historia aclararán, le desvaneció nuevamente; y cuando la Europa celebraba en Viena un congreso para arreglar definitiva y amistosamente las muchas cosas que desde la ominosa revolucion de Francia se habían trastornado, Napoleón aparece de nuevo en Francia el día 1.º de marzo de 1815; se dirige á la capital escoltado de los mismos que habían salido á combatirle; ahuyenta con su marcha al respetable Luis XVIII y á su familia; empuña de nuevo el cetro y la espada; reanima el entusiasmo que sus anteriores triunfos habían inspirado á los franceses; transige con el partido liberal, que siempre había menospreciado, se arma y prepara para la lucha; contesta sin miedo al manifiesto que los soberanos aliados dieron contra él; entra en la Bélgica, bate á los prusianos, y cuando pensaba triunfar de todos en Waterloo, es completamente derrotado, en términos de no quedarle esperanza de restablecer su gigantesco poder; así es que volvió precipitadamente á París, abdicó la corona en favor de su hijo, y pensó después embarcarse para la América. No pudo conseguirlo, y por un rasgo de ilimitada confianza en la generosidad de sus mortales enemigos los ingleses, se entregó á ellos en la rada de Rochefort á 15 de julio del mismo año, a bordo del navío Belerofonte de aquella nación, que le condujo á Plimout, y desde allí fué trasportado con un número muy pequeño de sus mejores amigos á la solitaria isla de Santa Elena en el Océano Atlántico, á 2,000 leguas de Francia, en calidad de prisionero y como simple general.

Allí permaneció seis años reducido á si mismo, y á la sociedad de su escaso séquito. Las severas y duras medidas de precaucion que sir Hudson Lowe, general y comandante de la isla, había adoptado, le hicieron renunciar al ejercicio y recreo, de que habría necesitado un hombre tan activo; su rostro, antes tan expresivo é insinuante, se volvió macilento; sus ojos vivos y penetrantes se apagaron; su conversacion dejó de ser apacible; no gustaba sino de la de madama Bertrand, esposa del mariscal de este título, que le acompañó á su destierro con su familia, la de esta, y su escasa corte, si tal puede llamarse á los tres generales que le siguieron y acompañaron con un conjunto de sirvientes reducidísimo.

Napoleón en Santa Elena dejó de ser el que era: sus vastos proyectos é insaciable ambicion se redujeron á tener á su lado á su querido hijo, á quien no pudo ver ni abrazar después de sus desgracias, y llenarle de la gloria de su nombre con sus lecciones: en los momentos en que la violenta afliccion y despecho que le devoraban se lo permitían, discurría con bastante exactitud sobre la causa de sus infortunios; sabía llamar usurpacion á su reinado, viendo que el éxito no le legitimó; él discurría por todos los pasos de su vida, y puede decirse con verdad que mas de una vez se vituperó cruelmente los funestos resultados de lo que llamaba su política peculiar cuando dominaba en Europa. Los tronos que derribó injustamente; la sangre que se derramó

por su causa; los soberanos á quienes destruyó; los tratados que violó en el frenesí de su gloria; las desgracias que causó y pudo evitar, y en una palabra, el mismo abatimiento de su familia, de los suyos y de su propio hijo, todo conspiró á hacerle insoportable su mansión en Santa Elena, y á acelerar los momentos de su angustioso destierro. Así lo llamaba él cuando se le desfilaba del corazón alguna frase que delineaba al claro sus sentimientos. Ignórase todavía si tuvo planes formales de volver á Europa, pero si es muy cierto que lo deseaba con ahínco, aunque parece indudable que en Santa Elena corrigió fuertemente sus ideas de ambicion. La gloria de la Francia y de su hijo fué su último deseo. En Longwood se acrisoló, digámoslo así, el alma de este hombre extraordinario, á quien á pesar de su funesta dominacion, deberá siempre la Francia recuerdos de sincera gratitud. Murió al cabo, de una enfermedad cuyo asiento estaba en el estómago, que tenía ulcerado cuando le reconocieron, el día 5 de mayo de 1821; sus cenizas insensibles descansan en el panteon de los Inválidos, en París, segun su deseo de que las conservara la Francia, y aun lo dispuso en su testamento.

Napoleón estaba dotado de un entendimiento perspicaz; con una instrucción vastísima; de un talento profundo; de imaginación vivísima; era amante de la austeridad y de las buenas costumbres, de las artes y de las ciencias; constante en sus resoluciones; incansable en las fatigas; intrépido y aun temerario; soldado valiente; político sagacísimo y capaz de todas las acciones heroicas que la historia refiere de los mas grandes capitanes y de los mejores reyes: habría podido ser como Marco Aurelio, la gloria de su siglo y el honor de su nación, si hubiera sabido poner coto á sus deseos, y tener mas moralidad en la eleccion de los medios que empleaba para conseguirlos; pero para él no hubo mas justo ni injusto que lo conveniente ó perjudicial á sus miras; y cuando los sagrados derechos de los tronos y de las naciones, y cuando la misma humanidad era victima acomodada á su ambicion, todo se sacrificaba. Ni los vínculos de la sangre, ni las relaciones de la mas intensa amistad, ni lo mas respetable, en fin, le contenía; él se burló de Dios y de los hombres mientras pudo, abusando de sus relevantes prendas y de su colosal poder; y Dios le castigó por sus abominaciones; y los hombres le desampararon y aun burlaron en su adversidad. De tantos como había elevado y enriquecido, solo el mariscal Bertrand con su familia, el general Montholon con la suya, el conde de Las-Casas, tres hombres y nueve mugeres mas, siguieron en su infortunio al que antes hacia la guardia un ejército formidable, y cortejaban los príncipes.

Napoleón ofrece un admirable ejemplo de las vicisitudes humanas; y desde la fria losa que cubre sus cenizas, en el panteon de los Inválidos, dá una tremenda leccion á la generacion presente y á las venideras.

## UN DUELO Y UN MATRIMONIO.

### LOS AMORES DE UNA MARQUESA VIUDA.

(Continuacion).

Al sentimiento misterioso, sagrado, impenetrable para todo el mundo, que le unia á Mad. de Vinczy hasta el punto de esponer su vida por ella, vino á juntarse otro menos interesado y mas intimo. Pensó lo muy bella que era, en los tesoros de felicidad que aguardaban al que la poseyese.

Esto no fué mas que un relámpago; una sensacion mas material le hizo volver en si.

Oyó distintamente un frote de ropa á lo largo de la pared del lado de la calle, y casi al mismo tiempo un crugido de vidrios en el cuarto contiguo que se abrió.

Había retenido su aliento durante esos dos segundos mortales. La emocion era tan grande, que le hubiera sido imposible dar un paso; pero este estupor no duró mucho; empuñando una de



las pistolas de que estaba provisto, se lanzó hasta la puerta de la marquesa, al mismo tiempo que el ruido sobre el toldado indicaba la entrada del hombre que había abierto la ventana. Su mano inundada de un sudor glacial, se posó sobre el botón... La puerta estaba cerrada por dentro.

A este descubrimiento se le heló el corazón. Se quedó allí inmóvil, terrible. Iba á tratar de echar abajo la puerta, cuando oyó un grito de la marquesa, despertada por la terrible aparición del desconocido.

—¡Silencio! dijo éste.

—¡Héctor! dijo á su vez la marquesa con espanto, porque al resplandor de la lamparilla había reconocido al aventurero que volvía de su destierro.

—¡Le conoce! dijo Alberto para sí. ¡Me había engañado! ¡No era un malhechor!

Y esta idea le oprimió mas amargamente que la otra. No pensó siquiera en retirarse; á su pesar, clavado en el mismo sitio, permaneció allí para oír lo que se decía en el cuarto, y también para volver bien pronto á otro sentimiento.

—¡Héctor! repitió Mad. de Vincy.

—Yo mismo, repitió el caballero; cesad, pues, de tener miedo, y dispensad este modo un poco brusco de introducirme en vuestro aposento, pues no tenía otro.

—¡Vos aquí! ¡Ah! ¡Eso es odioso!... ¡Salid, salid, señor! ¡Salid, ó llamo á mis criados!

—Saldré cuando me hayáis oído, y no llamareis.

—Pero señor, en nombre del cielo, ¿qué queréis?

La marquesa, dominada por la energía de las palabras del caballero, soltó el cordón de la campanilla que había agarrado en el primer instante.

—Tranquilizaos, señora, pues mis proyectos no tienen nada que deba alarmaros. Os lo he dicho, tenía necesidad de hablaros, y como rehusabais verme por el día, he pensado en presentarme yo mismo por la noche.

—¿Qué teneis, pues, que decirme?

La marquesa temblaba.

—¿Cómo! ¿me teneis miedo? ¡Ah! eso está mal. ¿Con que tengo el aire de un ladrón ó un miserable, capaz de deshonorar violentamente á una muger? No, no; tranquilizaos, señora. ¡El motivo que me trae aquí es mas noble, y también mas imperioso!

La pobre señora recordó todas las infamias que había cometido el hombre que la hablaba, y que en ese mismo instante tenía aun palabras llenas de falsedad é impudencia. La marquesa aguardó como se aguarda una sentencia de muerte.

—¿Cómo es, señora, que no habeis adivinado lo que tengo que deciros? ¿Con que vuestra memoria ha perdido todo recuerdo de los días de otro tiempo?

Al fin la indignación hizo lo que no había podido la cólera ni el espanto. El exceso de un peligro suele producir milagros; Mad. de Vincy cesó de temblar, miró á su enemigo cara á cara, y pronunció desdeñosamente estas palabras:

—Dispensad, señor, yo no he olvidado nada. Por eso mismo, si no extraño vuestra audacia, á lo menos vuestra presencia debe sorprenderme.

El caballero no esperaba ese reviramiento, pero como se sentía fuerte, y por otra parte estaba habituado á sostener luchas con adversarios que le parecían mas terribles que una muger, cuyo honor al cabo tenía en su mano; como había venido, seguro de hallar resistencia, muy decidido á no abandonar el último medio de restablecer su fortuna, forzando á la marquesa á compartir con él la suya, presentó buen continente, y hasta trató de parecer lo menos odioso posible.

—¿Qué decis? exclamó afectando el acento de la pasión.

—¡Oh! ¡dejémonos de comedias! repuso la marquesa con la misma firmeza. Seamos francos. Cuando partisteis tenía yo diez y nueve años; y ahora tengo veinte y cinco. En seis años se aprenden muchas cosas, se pierden muchas ilusiones.

—¿Sois vos quien habla así? ¿Vos á quien yo he dejado tan ignorante de las cosas de la vida?

—Os he pedido franqueza. Pues bien, voy á daros el ejemplo. Cuando os presentásteis en casa del señor de Vincy, yo estaba abrevada de disgustos y dolores; abandonada en medio de mis

sueños destruidos, de mis esperanzas rotas, no tenía siquiera una amiga á quien confiar mis pesares. Os aparecisteis vos, vuestras maneras seductoras, vuestras palabras doradas y falaces... ¡Oh! si, falaces, me engañaron un instante.... Yo estaba sobre la pendiente que conduce al adulterio, cuando una orden del rey os hizo embarcar... Ya veis que no he olvidado nada.

Ese exceso de firmeza y claridad que el caballero estaba lejos de prometerse, estuvo á punto de desconcertarle; pero su plan estaba bien urdido; aunque comprendiendo que iba á verse obligado á recurrir á los grandes medios que tenía en reserva, trató aun de ensayar la hipocresía.

—Pero mi amor, señora...

—¡Vuestro amor! ¡vuestro amor era horroroso! ¿Por ventura un hombre á quien ha sido necesario desterrar, como os han desterrado, ha conocido nunca la santidad de ese sentimiento?

—¿Qué queréis decir?... ¡Explicaos!

—¿No veis que si yo no he olvidado nada, he aprendido mucho?

—¡Si tal! exclamó el caballero, saltando como un tigre herido. ¡Si tal!... ¡Habeis olvidado alguna cosa!

La marquesa sintió que su indignación la había arrastrado demasiado lejos, pues tenía hartamente presente su muy fatal imprudencia de otro tiempo; así tuvo trabajo en sostenerse sentada como estaba en su cama.

—Hablemos, pues, claramente, señora, ya que así lo quereis. (La voz del aventurero era violenta y desigual). Pues bien; si, mi conducta ha sido ligera. Si, he tenido en el juego alguna suerte, que ha causado extrañeza á aquellos á quienes ganaba el dinero.

—¡Ah! ¡callad por pudor propio!

—¡No! os diré todo lo que tengo que deciros, y me escuchareis hasta el fin, porque no he intentado esta peligrosa aventura para no recoger mas que vuestros ultrajes. Vos no me amais ya, y yo os causo horror, está dicho; pero escuchadme, yo lo quiero.

—¡Es una violencia!

—Llamadlo como querais, pero escuchadme. Mi primer diligencia al poner los pies en París, ha sido informarme de vos. He sabido la muerte de vuestro marido y la herencia que os aguarda. Sé hasta las menores circunstancias: sé que el testamento de vuestro tío os impone la obligación de casaros con un hombre de noble casa. Hasta sé que esa fortuna será magnífica, porque los Pombal han renunciado al pleito que hacia veinte años tenía una parte de esos bienes en secuestro.

El hecho á que aludía Héctor era bastante extraordinario. En efecto, el tío de la marquesa había tenido un interminable pleito con una familia noble, pero cuya fortuna, reducida por negocios litigiosos, se hallaba, al cabo de veinte años, enteramente comprometida por ese famoso pleito. Se esperaba verlo concluir, cuando el último heredero de la familia Pombal había ido á ver á la parte contraria, y había firmado una renuncia en toda regla á todos sus derechos y pretensiones. A consecuencia de esa entrevista, el viejo tío había hecho su testamento en favor de su sobrina, y todos se perdían en conjeturas sobre ese desenlace, cuyo misterio había sido imposible aclarar.

—¿A dónde quereis venir á parar?

—A esto, señora: que yo os amo siempre. ¡Oh! siempre, y que soy de buena familia.

—¡Señor, señor! ¿sabeis que semejante propósito es un ultraje?

—Marquesa, hace seis años esta petición no os habría ofendido.

—¡Callad! ¡callad!... ¡eso es imposible!

—Sin embargo, preciso será que así sea.

—¿Pensáis forzarle á ello?

—De ningún modo; accedereis de buen grado, porque os engañabais hace un momento; habeis olvidado alguna cosa.

Sacó tranquilamente un papel de su bolsillo, lo abrió y se acercó á la lamparilla, como para leer su contenido.

—¡Esa carta, señor! ¿Abusaríais de esa carta?

Un sollozo ahogó la voz de la pobre muger, quien había reconocido el escrito que en su fatal aturdimiento le dirigiera en otro tiempo.

El exceso de desesperación que el caballero

acababa de escitar, no le causó ninguna emoción.

—¿Me habeis comprendido?

—¡Jamás, jamás consentiré en esa execrable union! ¡Yo ser vuestra muger! ¡Ah! ¡miraos, pues! ¡aun estais manchado con la infamia que ha hecho desterraros! ¡Habeis vuelto con mas vicios que teniais cuando érais la execración de vuestra familia! ¡Yo vuestra muger! ¡Primero renuncio á esa fortuna que me aguarda, y que vos codiciáis!

El caballero cerró la carta, y acercándose á un escritorio guarnecido de papeles y cartones, dijo tranquilamente:

—Vais á escribir al conde anunciándole que habeis variado de intencion, que le dais las gracias, que no os casais con él.

—No escribiré semejante cosa.

—Lo escribireis, ó mañana temprano voy á buscar al señor de Laguiche y le comunico esta carta.

—Hacedlo, haced lo que os agrade. Castigadme como os parezca por haber podido creer un día en vuestra lealtad. Despedazad mi existencia, arrojad mi honor en pasto á la calumnia, á los sarcasmos del mundo; vengaos, en fin, puesto que creéis que teneis que vengaros de una pobre muger sin defensa; no obtendréis nada de mí, sea que empleis la violencia ó la astucia.

El caballero levantó su capa, que había dejado caer sobre la alfombra, se la echó al hombro, y dando un paso atrás, dijo:

—Señora, consultad con la almohada. Os concedo hasta las diez de la mañana para reflexionar. A esa hora me presentaré en vuestra casa (hareis de manera que yo no aguarde), traeré como ahora vuestra preciosa carta; si aceptais el tratado de alianza, os la entregaré; si os obstináis en rehusar, lo que no puedo creer, me veré forzado á hacer de ella un uso que me repugna en el mas alto grado, y que por desgracia vuestra, hacen infalible los celos del señor de Laguiche.

Dicho esto, se acercó á la ventana entreabierta, escaló el balcón, y gracias á la escala de cuerda atada á él, se halló bien pronto en la calle.

Madama de Vincy, así que el ruido la hubo advertido que el caballero había marchado, saltó de la cama en una especie de delirio, corrió á la ventana, cerró las persianas y los postigos cual si no fuese ya demasiado tarde, y volvió á meterse en la cama, sumiendo con amargura su pensamiento en el exceso de su infortunio.

—¿Con que era ese el premio de toda una vida de virtudes y de buenas acciones? ¡Ese miserable la tenía á su merced! ¡iba sin piedad, sin remordimiento, á perder para siempre su honor y el de su hijo! ¡Ese hijo tan amado, solo crecía para ruborizarse del oprobio de su madre!

Esta idea insoportable la perseguía, aumentando sus miserias con toda la exaltación de un insomnio febril.

Entretanto Alberto, pasando alternativamente por las mas diversas impresiones, lo había oído todo, y su imaginación le había hecho adivinar hasta los gestos y los movimientos de los héroes de ese drama íntimo. Había tenido por un momento la idea de alejarse, pareciéndole que era una acción sacrilega el sorprender un secreto tan terrible; pero no había podido separar su oído de aquella puerta, pues una fuerza invencible le detenía allí jadeante, espantado, lleno de indignación.

Si no hubiese tenido allí ese obstáculo, esa puerta maldita insalvable, no habría tenido tanta paciencia; habría castigado cruelmente al miserable que cometía tamañas villanías; pero por fortuna, por que era una fortuna, no había podido hacer nada: ese escándalo, esa desgracia, le eran imposibles.

Ocurriósele otro proyecto. Cuando oyó al caballero dejar el cuarto, bajó hasta la puerta del hotel y salió siguiendo sus huellas. Apenas le llevaba una delantera de veinte pasos, y era lo necesario para seguirle sin perderle de vista y sin ser percibido de él.

No tuvo dificultad en reconocer las trazas del hombre á quien había visto aquella misma noche rodear por las cercanías del hotel, y que le había alarmado.

Mientras le seguía se preguntaba si no debía



alcanzar á aquel miserable, y sirviéndose de las armas que aun llevaba consigo, forzarle á entregarle el papel fatal; pero la frescura del aire había calmado su primera efervescencia.

Conoció que la salvacion de la marquesa estaba en lo sucesivo en él solo; que el intentar la violencia en medio de la calle, cuando la ronda podía pasar á todos momentos, era esponerse inútilmente; además su enemigo no había intentado seguramente semejante aventura sin estar bien armado, y en la oscuridad podía ser herido sin utilidad de la causa á que se había consagrado.

El caballero vivía lejos; atravesó un dédalo de calles oscuras, á cual mas tortuosas, y por último le vió pararse, sacar una llave de su bolsillo, y entrar en una casa de mediana apariencia, lo cual esplicaban su posicion equivoca y la penuria en que se hallaba.

Se adelantó con precaucion, y no pudiendo en la oscuridad distinguir el número, hizo con una piedra que halló cerca, una señal sobre la puerta para reconocerla bien.

Cuando se volvió al hotel, Alberto tenía el espíritu calmado y ligero. ¡Tanta era la esperanza que de salvar á la muger á quien protegía, le inspiraba la firmeza de su resolucion y la confianza en su justicia!

Después de haber cerrado suavemente la puerta, salvó rápidamente el vestíbulo y las gradas del primer piso, y se paró involuntariamente delante de la antesala en que una hora antes había oído tan estrañas revelaciones.

Su corazón latía de una manera significativa; pero sacudió esa impresion y entró en su cuarto. Se sentó delante de su bufete, con la frente ardiente; tomó el retrato que ya había cubierto de besos por la mañana, y esa vista le puso mas grave; era la imagen de su madre, porque también era ella á quien había enviado el fruto de sus trabajos.

—¡Madre mia! dijo. ¡Pobre madre mia! ¡Tú estarás contenta de mí!

Y tomando papel escribió:

«Al fin, madre mia, ha llegado el día de pagar á aquella á quien se lo debemos todo. Sin que ella lo sepa voy á salvar á Mad. de Vincy del mas espantoso peligro; mi vida depende quizás del éxito de esta empresa. Si no me vuelves á ver, pobre madre querida, dígete para consolarte, que tu hijo es digno del nombre que va á extinguirse con él.»

Selló cuidadosamente esta carta, le puso las señas de su madre, cuyo nombre nadie sabía en el hotel, y luego le puso otro sobre con estas palabras: «Para abrir si no vuelvo al hotel antes de las doce.»

Habiendo trazado de este modo su testamento, se sentó cerca de la ventana aguardando el día, que no tardó en aparecer, y apenas daban las siete cuando se dirigía hacia la casa del caballero, el cual no abría su puerta sin dificultad.

Aunque su deportacion y los cinco años de destierro que había sufrido, fuesen una pena severa, el caballero del Barré, como todos los que tienen la conciencia algo cargada, temia siempre las visitas importunas de las víctimas ó engañados por él con los medios ilícitos que empleaba. De consiguiente, tenía empeño en guardar todo lo posible el incógnito, sobre todo hasta el momento en que esperaba triunfar de la resistencia de la marquesa, á la cual, por lo demás, se proponía vender simplemente la carta, en caso que persistiese en su negativa, haciéndosela pagar lo mas caro posible. ¡A ese grado de degradacion é infamia había llegado!

El ama de la casa, cuya consigna era severa, rehusaba dejar entrar al preceptor, pretendiendo no saber lo que quería decir, y no tener ningun huésped de las señas indicadas.

Como el joven insistiese y levantase la voz, el caballero oyó el debate, y conociendo que aquel visitante matinal estaba resuelto á no retirarse sin haberle visto, y que amenazaba con esperarle á la puerta hasta que saliese, tomó su partido y gritó al ama que le dejara subir. Esta obedeció, con lo que se hallaron encarados el bueno y el mal ángel de la pobre imprudente, cuyo destino y honor estaban suspendidos entre los dos.

## III.

## EL DUELO.

Alberto entró en el cuarto del aventurero, triste pieza antigua y ahumada que recibía la luz de una ventanilla, y en la que todo indicaba el desórden que allí habitaba hacia algunos dias. Las dos sillas y el único sillón que se veían estaban cargados de ropa vieja. Había allí un baul sobre la mesa, y la cama, nada buena, estaba deshecha. Algunas botellas vacías y un olor insoportable de fumadero, completaban las marcas distintivas de ese interior.

El caballero echó una rápida y penetrante ojeada sobre el importuno que violaba su incógnito. El traje severo del preceptor, vestido con una simple levita negra abotonada, su aire grave y sentado, le tranquilizaron sin duda sobre la naturaleza de su visita. Sin embargo, dirigió á hurtadillas una mirada sobre unas pistolas y una espada puestas sobre la chimenea; fué á cerrar la puerta á fin de que el ama de casa, cuya curiosidad le era sospecha, no oyese nada, y volvió á sentarse en frente de Alberto.

—Sentáos, le dijo indicándole una silla.

—Señor...

—Sentáos, repitió el caballero.

El preceptor obedeció.

—¿Es Mad. de Vincy quien os envía?

—¡Mad. de Vincy!..... repitió el joven con asombro.

—Vamos, dejémonos de preámbulos y ficciones, pues no me gustan: mi fuerte está en ir siempre derecho al blanco. Sé quién sois: sois el preceptor del hijo de la señora marquesa de Vincy, que os ha encargado de un mensaje para mí.

—Verdad es, yo soy lo que decís, pero os juro que lejos de haberme encargado de la menor misión de ese género, Mad. de Vincy ignora absolutamente este paso.

—Entonces ¿qué podeis quererme?

—Voy á deciroslo. Vos debeis presentaros esta mañana en el hotel de la marquesa como os habeis presentado ayer.

—¿Y qué tiene eso de comun con vuestras funciones de preceptor? ¿Quién os ha instruido tan bien?

—Vengo á deciros que no podeis hacer esa visita, porque no vereis hoy á la marquesa mas que ayer.

—¡Calle! ¿Qué venís á contarme? dijo Hector con su aire mas impertinente. ¿Con qué derecho os mezclais en mis negocios?

—Con el que tiene todo hombre de corazón para impedir una mala accion. ¡Sé lo que ireis á hacer en el hotel!

—Lo sabeis, ¡y la marquesa, lo habeis jurado en este instante, no os ha dicho una palabra!... ¡Entonces, queridito, escuchais á las puertas!... ¡Puf! ¡para un pedagogo es una costumbre bastante fea!

Toda la sangre de Alberto se le subió á la cara, cual si hubiese recibido una bofetada. Sin embargo, reunió sus fuerzas para contenerse, y comprendiendo que él mismo no se había moderado bastante al principiar, trató de emplear otro medio.

—Escuchad, señor; en lugar de disputar de ese modo, vale mas entendernos.

Decididamente, pensó Héctor, me hacen proposiciones. Se cruzó los brazos y se arrimó de espaldas contra la chimenea.

—Os he dicho, prosiguió Alberto, que sabía el motivo que debe llevaros al hotel; pero llevais un noble nombre, sois valiente, y me parece imposible que no tengais en el corazón instintos generosos. Nobleza obliga. Y bien, no lo hareis, ¿no es verdad? No ejecutaréis esas amenazas; solo habeis querido asustar á la marquesa; pero no perdereis á una pobre muger que no tiene defensor ni apoyo. ¡Oh! no hareis eso, señor, porque no hay un hombre de corazón que pueda hacerlo, ¿no es verdad?

Se había levantado, y á pesar del ultraje que había recibido, se mantenía en una postura de súplica.

—Querido amigo, dijo sonriendo Héctor con su tono mas insolente, predicais que es una maravilla. Pero debo deciros que soy poco sensible or naturaleza. Yo tengo con Mad. Vincy nego-

cios que solo conciernen á ella y á mí, y no tengo que recibir consejo de nadie.

Y dió un paso indicándole la puerta.

—¡Señor, señor! ¡en nombre del cielo, escuchadme! ¡No os sirvais de esa carta que hace vuestra fuerza, para deshonorar á una muger que morirá de ello! ¡Porque la conozco, y sé que morirá!...

—Ya os he mostrado dos veces la puerta, respondió el aventurero. Ya va á sonar la hora en que debo ir á esa visita.

—¡Pues bien! ¡no! ¡mil veces no! ¡no ireis! exclamó Alberto en el colmo de la cólera, y no guardando ya ningun miramiento. ¡No! ¡no ireis á torturar á vuestra víctima! ¡No, no, no! ¡Eso no será, vive Dios! ¡eso no será!

—¿Quién lo impedirá?

—¡Yo! ¡yo!

—Estais loco.

—¡Estoy loco, Héctor! Pues bien, ¡tú eres un miserable y un cobarde!

—¡Oh! ¡eso es demasiado! dijo el caballero, y se lanzó con furor hacia el joven; pero se paró de súbito añadiendo: ¡eres muy feliz en no ser mas que un lacayo!

—¡Condenacion!... ¡Tú me ultrajas! ¿Y tú que eres bastante valiente para torturar á una muger, no tienes bastante valor para medirme con un hombre? Mira, tu reputacion, á pesar de ser tan detestable, vale aun mas que tú.

—¿Un duelo?... Hace una hora que os lo habría propuesto, si hubiese sabido que un hombre de vuestra especie sabía manejar un arma.

—No os detenga ese temor. Mi mano no temblará mas que la vuestra en un duelo.

—Es verdad. Pues bien, ¡no me desdigo! Será original. Me he batido muchas veces, pero nunca con un adversario tan vestido de negro. Diríase que llevais vuestro propio luto.

(Se concluirá.)

## MISCELANEA.

EFFECTOS SINGULARES DE LA LLUVIA EN LA ZONA TÓRRIDA.—Cuando llueve bajo la zona Tórrida, y sobre todo á las inmediaciones del Ecuador, al cabo de algunas horas parece cambiarse la lluvia en una multitud de gusanillos blancos, bastante parecidos á los que nacen en el queso.

Es cierto que no son las gotas de lluvia las que se trasforman en gusanos. Es mas natural creer que aquella lluvia, que es muy cálida y muy mal sana, aun en esta estacion, hace muy ligeramente producir aquellos pequeños animalitos, como los ha hecho producir en Europa á las mariposas y otros insectos que roen las plantas.

El padre Cat, misionero jesuita que ha hecho esta observacion, añade que el capitán del buque en que él venía, aconsejó á los pasajeros que secasen sus vestidos.

Algunos rehusaron hacerlo, pero se arrepintieron, porque sus vestidos se hallaron tan cargados de gusanos, que les costó todo el trabajo del mundo el limpiarlos.

Una señora rogaba á un fisico amigo suyo que le enseñase lo que era un temblor de tierra. El fisico, muy complaciente, se lo esplicó lo mejor que pudo.

—¿Sabe vd., caballero, qué es una cosa horrorosa, dijo, que en Madrid, que pasa por el centro de las luces, no tengamos de tiempo en tiempo algunos sacudimientos para dar á todo el mundo al menos una idea de este fenómeno, y que los tengan en Granada y otras capitales de provincia?

DUGAIN-TRUIL.—Gustaba Luis XIV oír la relacion de las acciones de Dugain-Truil, de boca de aquel mismo héroe. Un día que le contaba este un combate en donde había mandado un navio llamado *La Gloria*:

—Mandé, dijo, á *La Gloria* que me siguiese.

—¡Y os siguió! le dijo el rey sonriéndose.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE MELLADO,

calle de Sta. Teresa, núm. 8.